



Entre líneas epistolares.-

Daniel Belmar

Por Jaime
Quezada

Alguien me dijo no hace mucho todos se olvidan de Daniel Belmar. La frase tiene su plomo y su verdad. También Belmar se olvida de sí mismo. Parece un mito. Si hasta algunos lo creen muerto. Como el Calvero de las películas de Chaplín ha muerto tantas veces. Se quedaron en el Coirón que leyeron, ignorando el lugar habitable de su autor. En vísperas del Premio Nacional suena su nombre. Después, otra vez el silencio. Jamás ha movido un dedo por su promoción. Ni menos lo hará ahora casi a sus setenta años. Por eso carece de enemigos, salvo los inevitables. Le faltó todo el orgullo que le sobraba a su primo sanguíneo Teófilo Cid. Daniel Belmar se ha hecho así por su naturaleza súblima. Le importaban más el humor, el canto, los amigos, el vaso de vino en un restaurante donde todo tiene el color de sus túneles marados.

Nuestro Mariano Latorre, que sabía distinguir a simple oído el trigo de la hierba rala, le escribió allí por el año 48 He leído sus dos libros. Primero, "Roble Huacho". Visión aguda, lancinante, del ambiente de un pueblo sureño. No recuerdo bien los detalles, porque he perdido el libro. Lo ensé al encuadernador con otros y según él, se los robaban en una máquina. Nuestro país, querido Belmar, es un encanto por lo imprevisto. Acabo de adquirir otro, pero las frescas anotaciones de la primera lectura se han esfumado. Sus aptitudes de novelista, ya sobresalientes en "Roble Huacho" (yo le habría puesto un nombre indígena a la novela) se hacen mucho más ágiles en "Coirón". Coirón tiene un sabor de frontera, de tierra de conquista. Yo, alguna vez, pasé por esos mismos lugares y traté a las mismas gentes. Su libro me dio la impresión de que veía esos paisajes y hablaba con esos puesteros. No creo que nadie en Chile o en Argentina haya hecho algo semejante.

Daniel Belmar vive en

Concepción, donde mirar a los asistentes no es divisarlos sino recordarlos a puro recuerdo. Lo vi morir una tarde de invierno cuando supo la muerte de Nicomedes Guzmán, su amigo de toda una vida. Como lo vi emborracharse de contento por el Premio Nacional de Literatura a Pablo de Rokha. De integridad total en las buenas y en las malas. Superando siempre las menudas miserias humanas. Una vez el Ateneo de la ciudad de La Serena organizó un convectorio en torno a "Coirón". Hablaron un Ministro de Corte, un periodista, un zapatero, un profesor primario, una niña y un mutualista: todos con ese gran calor humano que salva de plano a nuestra gente. Tiene pasta de novelista, le dice el viejo Sanquíván desde Valdivia, publique, publique, escriba incansablemente, es lo que necesita nuestra literatura.

Cuando Daniel Belmar recibió el Premio de la Cámara Chilena del Libro, Manuel Rojas —maestro de nuestra narrativa— le escribió desde un lejano rincón de Estados Unidos "en donde estoy enseñando algunas cosas": he sabido que te han dado el Premio Fabry por tu novela "Los Túneles Morados". Me ha alegrado mucho la noticia. Leí tu novela antes de salir de Chile y me gustó bastante.

Te siento en ella más maduro, más consciente de tu oficio, más artista, en consecuencia. No te has detenido, avanza, y eso me alegra como tú no te imaginas. Quisiera que todos nosotros no nos detuviéramos nunca, sólo al soltar definitivamente la herramienta. Para Carlos Droguett bastan estas palabras certeras al considerar a Belmar uno de los pocos —poquísimos— que resistirán el peso implacable y completamente imparcial del tiempo. Al pensar así tengo en el pensamiento especialmente a "Coirón" (que se vería muy bien en mi biblioteca con su dedicatoria).

Nicomedes Guzmán lo llamaba viejo surreal de las fuentes de soda porque a menudo solían juntos echar una andada por aquel cañerón querido de Liborio Moraga. "Los Copihues", o por algún otro lado donde tú puedas cantar a cogote pelado "No vuelvo a amar".

El verano pasado estuve en su casa de Concepción. Daniel Belmar abrió una ventana para llenar de luz la habitación: del cerro venía un olor a flores de eucalipto. Sobre la mesa-escritorio su máquina de escribir. Hay días que llena una carilla. Otras, la hoja se queda ahí, sin una frase, blanca como la limpieza de su vida creadora.

J. Q.

Poesía Chilena

ARBOL.

Tan simple pareciera su estatura,
así de pie por agua, sol y viento:
de verde primavera en flor contento,
esto es dulzor fruta madura.

No rasga el aire ostro su hermosura.
Se viste por invierno ceniciento.
Circunda todo el año con talento.
De copa hasta raíz es gracia pura.

Alterna en el quehacer diáfanos vida.
Paisaje. Arantecer. Refugio umbrío.
Caricia y atalaya al que lo unida.

Acude a nuestra casa en atavío.
Plural de ocupación tan ejercida.
Constante su donar y en oratorio.

Victor Franzani

(Del libro inédito: "Las mismas materias").

LAS ÚLTIMAS NOTICIAS, SANTIAGO

8-VI-1974. P. 21.

664603

Daniel Belmar [artículo] Jaime Quezada.

Libros y documentos

AUTORÍA

Quezada, Jaime, 1942-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Daniel Belmar [artículo] Jaime Quezada.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile